

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Durante las siguientes semanas, el boletín parroquial incluirá algunas explicaciones sobre la Sagrada Eucaristía, y el sacramento de la Reconciliación, junto con algunas instrucciones sobre como es que debemos celebrar estos sacramentos como Pueblo de Dios en la Arquidiócesis de Chicago. Siempre he disfrutado dar culto a Dios con ustedes cuando celebro Misa en las parroquias e instituciones de la Arquidiócesis, y espero que este sea ahora un momento de renovación en nuestro culto divino.

Como ustedes saben, los sacramentos son actos de fe. Nosotros creemos que Cristo resucitado actúa en los sacramentos. El nos otorga la gracia de su propia vida ahora y en la vida venidera.

Los sacramentos son actos de la Iglesia. La Iglesia sabe del poder que Cristo le da para realizarlos, y es la Iglesia que pone orden en la celebración de los sacramentos. La Iglesia, en las palabras del Vaticano II, es una “comunidad jerárquica” reunida alrededor de Cristo, nuestro mediador con el Padre. Esa realidad da forma a nuestro culto. El sacerdocio y realeza de los bautizados se activa en la Misa por el ministerio del orden sacerdotal, de tal forma que la Eucaristía es la acción de Cristo, hecha visible en los miembros y cabeza de su Cuerpo, la Iglesia.

Los sacramentos son ritos. Cuando el himno nacional es entonado, todos se ponen de pie. Este es un rito secular. Los sacramentos son ritos de la comunidad de fe que requieren respuestas y acciones comunes. Desde que la liturgia usa la lengua vernácula son más fáciles las respuestas, y mucha gente responde de viva voz. Asimismo, las personas actúan en unidad, por ejemplo, al hacer la señal de la cruz al principio de la Misa. Damos culto como un solo cuerpo compuesto de varios miembros que toman diferentes papeles y realizan diferentes funciones, pero de una manera integrada. Nos sentamos para escuchar, nos ponemos de pie en señal de respeto y nos arrodillamos para dar adoración.

Las revisiones que se han hecho no afectan las celebraciones de los católicos en los condados de Cook y Lake, que pertenecen a la Iglesia Griega Ortodoxa Católica Ucraniana, o a la Iglesia Católica Siro-Malabar, o la Iglesia Maronita u otras Iglesias Católicas de Rito Oriental, dan culto de acuerdo a sus propios ritos. Los católicos de la Arquidiócesis de Chicago dan culto por medio del rito romano. Al *Misal Romano* se le han hecho revisiones menores. Estas revisiones tienen el fin de hacer algunos cambios en la forma que celebramos y que serán explicados en el otoño y tomarán efecto el Primer Domingo

de Adviento, el 30 de noviembre de 2003. Estos cambios no afectan las celebraciones de la Eucaristía que usan el rito romano como se hacía antes de las revisiones después del Concilio Vaticano Segundo.

Las orientaciones y explicaciones que seguirán son como un examen de conciencia acerca del estado de nuestras celebraciones. Nuestra participación en el culto debe ser deliberada, conciente, activa y fructuosa. Participamos por medio de gestos y movimientos, respondiendo, cantando, poniéndonos en silencio y reflexionando. Esta participación siempre está condicionada por una disposición interior de fe, esperanza y caridad.

La caridad que nos lleva a la celebración Eucarística, también nos trae al mundo necesitado de amor. Porque somos uno en Cristo, es su amor el que compartimos con otros. En esta Arquidiócesis, estamos hablando más y más acerca de compartir los dones espirituales de Cristo, por ejemplo, en la evangelización. La Eucaristía nos da el celo de introducir a otros a Cristo, ya que Cristo es en sí mismo el más grande don que compartimos. La Misa es el medio por el cual Dios santifica al mundo; es el culto que la humanidad ofrece al Padre, adorándolo en Cristo por el Espíritu Santo. Esto es lo más importante que hacemos y lo único que haremos por toda la eternidad. Gracias por todos sus esfuerzos en hacerlo bien.

Sinceramente en Cristo,

Cardenal Francis George, OMI
Arquidiócesis de Chicago



La Eucaristía Dominical

La vida cotidiana de cada parroquia varía grandemente dependiendo de su entorno cultural y de sus necesidades particulares. Pero lo que cada parroquia si tiene en común es la celebración de la Eucaristía Dominical, en el Día del Señor. La Eucaristía Dominical es donde todos los miembros de la parroquia nos reunimos domingo tras domingo. Es en la Mesa de la Palabra y en la Mesa de la Eucaristía donde se nutre la comunidad de fe. Aquí nos fortalecemos para enfrentar los retos, problemas y dificultades, así como para compartir nuestras alegrías con los demás, aprovechando al mismo tiempo todas las oportunidades para expandir el Reino de Dios. Es por medio de nuestra voz, el canto, el símbolo y el gesto que se une nuestra acción de gracias y alabanza a la ofrenda y sacrificio perfecto de Cristo en la Cruz.

El domingo: Día del Señor

Desde la época de las primeras comunidades, cada domingo, Día del Señor, nos congregamos como cristianos para mantener viva la memoria de la muerte y resurrección del Señor. La Eucaristía hace sacramentalmente presente el misterio vivo de la Pascua del Señor, en su paso de la muerte a la vida. Por medio de nuestra participación en la Misa compartimos de una manera única en la Pascua del Señor: morimos y resucitamos con Cristo. Por eso y con mucha razón, la Iglesia nos enseña que la Eucaristía es la fuente y cumbre de la vida de la Iglesia. El Santo Pontífice nos invita a renovar nuestra admiración frente a este gran don de Dios a la humanidad.

Es tan importante la celebración litúrgica en nuestra vida cristiana, que la Iglesia siempre ha tenido gran cuidado como la liturgia es celebrada. Aunque las palabras y forma de la liturgia han variado de época en época, las partes esenciales de la liturgia han permanecido igual a través de los siglos. El Concilio Vaticano Segundo (1962-1965) instituyó un número de revisiones al *Misal Romano* con el fin de realizar cambios para ayudar a los católicos a celebrar la liturgia más profundamente. Después del Concilio, se realizó un gran esfuerzo por catequizar a todos los fieles sobre el significado de la liturgia y de todas las revisiones. Desde entonces, una generación completa de católicos ha crecido con la liturgia que celebramos domingo tras domingo, semana tras semana y de estación en estación.

Si tomamos una pausa para reflexionar en el tiempo desde que el Concilio Vaticano llevó a cabo estas revisiones y cambios en la liturgia, puede ser que tengamos que admitir que esos cambios parecen haber pasado desapercibidos para algunos. En otros casos, podemos ver que en algunas comunidades parroquiales, ciertas cosas no muy apropiadas se han mezclado en la celebración Eucarística. Sin embargo, nos encontramos en un buen tiempo para reflexionar y profundizar sobre este aspecto tan importante para la vida católica de la comunidad.

La Instrucción General revisada

Recientemente, la Santa Sede publicó una nueva revisión del *Misal Romano* y su introducción, la *Instrucción General del Misal Romano* (IGMR).

Estos cambios han sido elaborados después de mucha experiencia pastoral con el uso del *Misal Romano* que fue publicado inmediatamente después del Concilio Vaticano II. Debido al respeto por la gran diversidad de culturas en la Iglesia universal, la Santa Sede ha permitido que las conferencias nacionales de obispos propongan revisiones apropiadas y de acuerdo a sus regiones particulares.

Estas revisiones, aunque relativamente menores, dan sin embargo un testimonio de que la liturgia es la oración viva de la Iglesia y que por lo tanto, de vez en cuando, experimentará algunos cambios. Estas revisiones nos dan la oportunidad de llevar a cabo una nueva catequesis sobre el entendimiento y práctica de la liturgia, especialmente de la Misa.

Abrigamos la esperanza de que todos los católicos lleguen a un mejor entendimiento sobre cómo la liturgia les ayuda a elevar sus corazones más profundamente en oración y cómo encontrar en la celebración Eucarística la fuente de su espiritualidad.

Durante las semanas siguientes tendremos la oportunidad de reflexionar sobre el valor y significado de la liturgia en nuestra Tradición Católica. Nos serán presentadas las nuevas revisiones que se encuentran en la *Instrucción General del Misal Romano*. Al hacer la revisión de la celebración de la Misa, tal vez redescubramos cosas que hemos

En las siguientes semanas, el boletín parroquial contendrá estos materiales que considerarán los siguientes temas de la Misa:

Ministerios y funciones en la celebración de la Misa

Posturas y gestos corporales en la Misa

Liturgia de la Palabra: Escuchando la Palabra de Dios

La Plegaria Eucarística

Recepción de la Sagrada Comunión en la Misa

El papel de la música en la liturgia

Estos materiales tienen el fin de ayudar en la preparación de la implementación de las normas revisadas, que tomarán efecto en la Arquidiócesis de Chicago el Primer Domingo de Adviento, el 30 de noviembre de 2003.

olvidado o cosas a las que no hemos puesto mucha atención anteriormente. El objetivo de esta catequesis no está enfocado en las normas o rúbricas de la celebración, si no, en la calidad e integridad de nuestra oración, la cual debe llegar a ser primordialmente la fuente de donde emana nuestro espíritu cristiano.

En algunas parroquias la implementación de estas revisiones indudablemente implicará cambios en la celebración de la Eucaristía Dominical. En otras parroquias estos cambios serán casi imperceptibles. El cambio más notable para todos, será concerniente a la manera de recibir la comunión en este país. Los obispos de los Estados Unidos han determinado que un acto de reverencia, de acuerdo a las nuevas normas, será una inclinación de la cabeza por parte de las personas que se acercan a comulgar. Esto será parte de la recepción del Cuerpo y de la Sangre de Cristo.

Es importante apreciar la oportunidad que se da a toda la Iglesia para reflexionar sobre estas revisiones en la celebración de la Misa. Al mismo tiempo, da la oportunidad a cada parroquia de considerar la siguiente pregunta: “¿Es claro para la comunidad parroquial que la celebración de la Eucaristía es *lo más importante que llevamos a cabo en toda la semana?*”



Ministerios y funciones dentro de la asamblea litúrgica

Cada vez que nos congregamos como el Cuerpo de Cristo a celebrar la Eucaristía, ¡estamos haciendo lo que como bautizados ¡estamos llamados a hacer! El bautismo nos hace partícipes del sacerdocio de Cristo, esto nos permite ser uno en Cristo como ofrenda de sí mismo a Dios. Esta ofrenda que se hace por medio de la Misa no se realiza por nuestra propia iniciativa, es Dios mismo que actúa en y a través de la Iglesia que es el Cuerpo de Cristo resucitado. La liturgia es, de hecho, un don de Dios. La acción litúrgica llega a ser acción nuestra solamente en la medida de la entrega personal que hagamos a este misterio redentor. Cada vez que nos congregamos en la liturgia Eucarística, centro de la vida cristiana (*Instrucción General*, #16), lo hacemos porque nuestro bautismo nos llama y nos responsabiliza para dar culto a Dios nuestro Señor.

Diferentes capacidades, ministerios indispensables

Es la comunidad completa, Cuerpo de Cristo, unida a la Cabeza, que celebra la liturgia (ver *Catecismo de la Iglesia Católica*, #1140). Como Iglesia-Cuerpo de Cristo, todos tenemos una función necesaria e importante en la celebración de la Misa. San Pedro nos recuerda que “somos una raza escogida, participamos de un sacerdocio real, somos una nación santa y un pueblo redimido” (1 Pedro 2:9–10). En la celebración de la Eucaristía es donde la Iglesia es verdaderamente Iglesia porque Dios la ha redimido en Cristo, por eso podemos venir a congregarnos en su

presencia para dar gracias y alabanza a través de la oración de la Iglesia, que es la liturgia.

Todos los bautizados, toda la comunidad, todo el pueblo de Dios está unido con Cristo, pero algunos miembros de la Iglesia son llamados a dar un servicio especial a la comunidad en nombre de Cristo. Por medio del sacramento de Ordenes Sagradas, los sacerdotes y obispos hacen presente a Cristo como cabeza de la Iglesia. Son, de hecho “imágenes de Cristo”, el Único y Sumo Sacerdote (Hebreos 7:24), en medio de la asamblea.

Los sacerdotes y diáconos, unidos a su obispo, actúan siempre en comunión con él, quien es el pastor de la Iglesia local, su diócesis. El sacerdote actúa en la liturgia en persona de Cristo (ver *Lumen Gentium*, #10) ofreciendo la oración de la Iglesia, presidiendo la celebración, predicando la palabra de Dios y alimentando al pueblo con el Cuerpo y la Sangre del Señor. El diácono asiste al obispo y al sacerdote, sirve a los pobres y oprimidos y proclama el Evangelio del Señor.

Otros miembros del Cuerpo de Cristo, son llamados a servir en la Iglesia en sus obligaciones correspondientes. Las tareas no apropiadas al ministro ordenado, deben ser realizadas por los fieles laicos y ejercitadas por ellos en conformidad con su vocación laica.

Los *lectores* son llamados a proclamar la Sagrada Escritura en la primera y segunda lectura. El

Salmista, Cantor/a o *músicos* dirigen la asamblea elevando las voces en oración a Dios por medio de los cantos de alabanza. Los acólitos, monaguillos o *servidores* tienen la responsabilidad de asistir al sacerdote, al diácono y otros ministerios. Los *ministros extraordinarios de la Comunión* ayudan a distribuir el Cuerpo y la Sangre de Cristo cuando no hay suficientes ministros ordinarios presentes en la celebración. Los *ujieres o ministros de hospitalidad* dan la bienvenida a las personas que llegan a la celebración, distribuyen materiales (misalito, boletín o libro de cantos), hacen la colecta y brindan atención a las personas en caso de necesidad.

Estos ministerios litúrgicos y otros que no han sido mencionados son importantes, por lo tanto, los que los desempeñan tienen la responsabilidad de prepararse adecuadamente para llevar a cabo sus responsabilidades con reverencia, dignidad y respeto.

La celebración: Responsabilidad de todos los bautizados

La *Instrucción General* declara que “todos los ministros ordenados o fieles cristianos deben realizar solamente las tareas correspondientes a su función ministerial” (#91).

La celebración Eucarística es la actividad semanal más importante de todas y cada una de las parroquias. Ninguna otra cosa debería tener más prioridad en la vida de la comunidad parroquial. Debido a esta marcada importancia, cada parroquia debe dar una atención apropiada, cuidadosa y esmerada al entrenamiento, desarrollo, formación y preparación de las personas que ejercen estas funciones y ministerios.

Así mismo, la función principal y primordial de cada ministerio es la del servicio, no la de sentirse más importante que los demás. Si Jesús vino a servir y no a ser servido, entonces con mayor razón es que nuestra actitud ha de ser primordialmente una actitud de servicio a los demás dentro y fuera de la celebración, imitando a Cristo, que en su gran amor por

nosotros se inclinó a lavar los pies de sus discípulos. A esto es a lo que somos llamados como miembros del Cuerpo de Cristo.

Por otra parte, ¿qué se espera de todas las personas que no ejercen ninguna de estas funciones o ministerios en la celebración? La *Instrucción General* nos dice que todos los bautizados somos responsables del culto a Dios, como Iglesia. Por lo tanto, debemos hacer todo de todo corazón, con toda nuestra mente, nuestra alma y todas nuestras fuerzas. Somos llamados a participar atenta, deliberada, conciente y activamente en la celebración litúrgica. La *Instrucción General* claramente nos dice que como Pueblo de Dios, adquirido con su Sangre, llamado y congregado por Dios, alimentado en su Palabra, “crece constantemente en santidad por su plena, conciente, activa y fructuosa participación en el misterio de la Eucaristía” (#5).

Todo esto significa que no solamente debemos estar presentes como observadores, sino que, debemos integrarnos y adentrarnos plenamente en la celebración. Nuestra acción de gracias y alabanza a través del canto y participación activa en las respuestas y oraciones que nos corresponden como pueblo de Dios en nuestras diferentes funciones y ministerios (ver *Instrucción General*, #91). Reflejamos a Cristo que dio ejemplo concreto de servicio lavando los pies a sus discípulos, que es en sí mismo la Palabra de Dios, que proclamó el Reino, que con un gran amor y fidelidad ofreció a Dios su propia vida, que oró a nombre de otros, especialmente por aquellos que no tenían quien intercediera por ellos.

Durante la liturgia — y de varias maneras — todos los que toman parte en la celebración unen sus intenciones y su amor al sacrificio de Cristo en la Cruz. Todos los que ejercen una función o ministerio particular reflejan a Cristo, que al final, instruyó a sus seguidores que imitaran su ejemplo de amor y servicio por los demás siempre y en todo lugar.



Posturas y gestos corporales en la Misa

En la celebración de la Misa elevamos nuestras mentes, nuestras voces y nuestros corazones en oración y alabanza a Dios. Pero como seres creados de cuerpo y espíritu, nuestra oración es expresada también por medio de nuestro cuerpo. Durante la Misa asumimos diferentes posturas corporales: nos ponemos de pie, de rodillas, nos sentamos y somos invitados a realizar una serie de gestos y movimientos: persignarse, dar un saludo de paz, inclinar el cuerpo en señal de reverencia, etc. Estos gestos y posturas no son meramente ceremoniales, si no que tienen un profundo significado cuando se realizan con fe, comprensión y conciencia de lo que hacemos. A través de estos gestos y posturas participamos más atentamente en la celebración.

Posturas

De pie. El ponernos de pie es un signo de honor y respeto. Desde los primeros días de la Iglesia, esta postura ha sido interpretada como signo de los que son elevados en Cristo y están en búsqueda de las cosas superiores (ver Colosenses 5). Cuando nos ponemos de pie asumimos nuestra real estatura ante nuestro Dios, como pueblo redimido por la sangre de Cristo. Nos ponemos de pie al iniciar la celebración mientras el sacerdote y los ministros procesan al altar. Nos ponemos de pie para escuchar el Evangelio porque sabemos que Cristo mismo es quien nos habla cuando está siendo proclamado. Los obispos de los Estados Unidos han escogido esta postura como la norma para recibir la sagrada comunión en éste país.

De rodillas. Desde los inicios de la Iglesia, esta postura ha significado penitencia. “¡La conciencia del pecado nos derrumba!” En la Edad Media, los vasallos se ponían de rodillas para rendir homenaje a su

amo. Más recientemente, esta postura ha venido a significar humildad y adoración. Por esta misma razón, los obispos de los Estados Unidos han escogido esta postura para la Plegaria Eucarística. Nos ponemos de rodillas desde el Santo, hasta el Gran Amén.

Sentados. Ésta es la postura apropiada para escuchar y meditar. Nos sentamos cuando queremos dar a alguien nuestra completa atención. Así, la asamblea se sienta durante las primeras lecturas, durante la homilía y después de la comunión en un momento de meditación.

Gestos

El gesto más común es el de la **Señal de la Cruz** (persignarse) al principio de la Misa, a la hora de la proclamación del Evangelio, y al final de la Misa con la bendición del celebrante. Hemos sido reclamados para Cristo con la Señal de la cruz desde el momento de nuestro bautismo, donde fuimos escogidos para Cristo. Asimismo, hacemos la señal de la cruz cuando somos rociados con agua bendita y también lo hacemos con el agua bendita al entrar o salir del templo.

La genuflexión (doblar la rodilla). La genuflexión es un signo de honor, reverencia y respeto que hacemos a la presencia de Cristo Sacramentado en el tabernáculo. Al iniciar la celebración, el sacerdote y los ministros hacen una genuflexión frente al tabernáculo si éste se encuentra localizado en el santuario. Asimismo, el sacerdote hace tres genuflexiones doblando la rodilla derecha hasta el suelo durante la Plegaria Eucarística: antes de mostrar a la asamblea el pan y luego el cáliz y nuevamente al hacer la invitación a la asamblea a tomar la sagrada comunión y antes de que el mismo reciba el sacramento.

Inclinación (del cuerpo y/o la cabeza). Es también una señal de reverencia. Reconocemos el altar como un símbolo que representa a Cristo, por lo tanto, el sacerdote y los ministros hacen una reverencia frente al altar en la procesión de entrada y al final de la Misa. Durante la profesión de fe (el Credo), inclinamos la cabeza al pronunciar las palabras que conmemoran la Encarnación: “que fue concebido por obra del Espíritu Santo, nació de Santa María Virgen y se hizo hombre”. Este gesto significa nuestro profundo respeto y gratitud a Cristo, que se humilló asumiendo nuestra condición humana para salvarnos.

Asimismo, hay otros gestos que intensifican nuestra oración en la Misa. Por ejemplo, en el Rito Penitencial (Yo Pecador), la acción de golpearnos el pecho al decir “por mi culpa, por mi culpa y por mi grande culpa” nos ayuda a reconocer nuestras faltas y la necesidad de la gracia de Dios para sobreponerlas. En el Rito de la Paz, el darnos la mano y/o un abrazo significa que estamos compartiendo la paz de Cristo y que estamos comprometidos a vivir esta paz entre nosotros. Es muy apropiado que antes de compartir la Comunión, sacramento de la Unidad, realicemos este gesto simbólico con los demás miembros de la asamblea.

Posturas para las partes de la Misa

Desde el principio de la Misa hasta la primera lectura	De pie
Desde la primera lectura hasta la Aclamación al Evangelio	Sentados
Desde la Aclamación al Evangelio hasta el final del Evangelio	De pie
Durante la homilía	Sentados
Desde el Credo hasta el final de la oración de los fieles	De pie
Desde la preparación de los dones hasta el final de la oración: “ <i>Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio . . .</i> ”	Sentados
Desde aquí hasta la proclamación del Santo	De pie
Después del Santo, hasta el Gran Amén	De rodillas
Desde el Padrenuestro hasta el Cordero de Dios	De pie
Después del Cordero de Dios hasta el final de la Comunión	De rodillas o de pie
Al recibir la Sagrada Comunión	De pie
Durante el silencio después de la Comunión	Sentados o de rodillas
Durante los anuncios	Sentados
Desde la oración después de la Comunión hasta la salida	De pie

Un nuevo gesto

La *Instrucción General* nos invita a hacer un gesto de reverencia al recibir la Sagrada Comunión. Los obispos de los Estados Unidos han determinado que la señal de reverencia antes de recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo, será una breve inclinación de la cabeza. Por medio de este gesto damos reverencia a Cristo vivo, a quien recibimos como alimento espiritual.

Esta inclinación no tiene que ser una profunda inclinación del cuerpo, sino, sencillamente una breve inclinación de la cabeza al llegar frente al ministro de la comunión. Este gesto sencillo, realizado por todos, nos une respetuosamente al Pan de Vida y a la Copa de Salvación que estamos a punto de recibir.

Por medio de estos gestos y posturas corporales, damos como Iglesia un testimonio de nuestra unidad como cristianos. Estos gestos y posturas significan nuestra unidad y solidaridad como miembros del Cuerpo de Cristo. Por eso, nadie puede cambiarlos a su gusto personal. Si nos ponemos de pie, si nos ponemos de rodillas, si nos persignamos, etc., en una acción ritual comunitaria es para dar testimonio de que somos: Miembros del Cuerpo Único de Cristo.



Escuchando la Palabra de Dios

Las palabras de la Sagrada Escritura no tienen comparación con ningún otro texto literario. Dios se nos revela a través de la Sagrada Escritura. Creemos que la Sagrada Escritura ha sido inspirada por el Espíritu Santo y que debe ser venerada como la verdadera palabra de Dios. Al escuchar su palabra, llegamos a una comprensión más profunda del gran amor de Dios por nosotros y de nuestras responsabilidades como seguidores de Jesús.

En la Misa dominical se hacen tres lecturas que están tomadas del Antiguo y del Nuevo Testamento. La primera lectura se toma del Antiguo Testamento, la cual nos recuerda como Dios ha actuado en favor de su pueblo a través de la historia. Durante el tiempo de Pascua se hace una excepción y la primera lectura es tomada de los Hechos de los Apóstoles. Estas lecturas nos hablan acerca del desarrollo y actividad misionera de las primeras comunidades cristianas. La segunda lectura es tomada de una de las cartas de los Apóstoles o del libro del Apocalipsis. El Evangelio es la parte central de la Liturgia de la Palabra. Ésta es la expresión más completa de la revelación de Dios en Cristo.

La proclamación del Evangelio es realmente tan importante que esta debe hacerse del Evangeliario. Este libro es el que ahora debe llevarse en alto en la procesión de entrada al principio de la Misa, no el

Leccionario, que se usa para las otras lecturas. El Evangeliario es puesto sobre el altar hasta la hora en que el diácono o el sacerdote hacen la proclamación del Evangelio; el diácono que hace la proclamación del Evangelio pide la bendición del celebrante como preparación; el sacerdote que lee el

Evangelio se inclina ante el altar pidiendo ser digno de proclamarlo. En las Misas solemnes se usa el incienso y las velas acompañan siempre la proclamación del Evangelio. Al oír la introducción hacemos la señal de la cruz, rogando que su mensaje permanezca en nuestra mente, nuestros labios

y nuestro corazón. El sacerdote o el diácono besan el libro en señal de veneración y respeto después de la proclamación. A través de estos gestos y señales de reverencia y respeto, la Iglesia da homenaje a Cristo, quien está presente cuando se proclama su Palabra.

La proclamación de las escrituras en la Misa nos llama a

Cuando la Sagrada Escritura es proclamada en la Iglesia, es Dios mismo quien habla a su pueblo. Es Cristo mismo presente en su palabra en la proclamación del Evangelio. (IGMR, #29)

La Iglesia crece y se construye al escuchar la palabra de Dios. Los prodigios que Dios ha realizado en la historia de salvación se hacen presentes nuevamente en los signos y símbolos de la celebración litúrgica de una manera misteriosa pero real. (Introducción al Leccionario, #7)

responder en la fe a través de la palabra, el canto, gestos y posturas, lo mismo que en profunda meditación al escuchar atentamente la palabra de Dios para que penetre en nuestros corazones y transforme nuestras vidas de acuerdo al mensaje de la palabra. Oramos para que “no solamente nos conformemos en escuchar la palabra, sino, para ponerla en obra” (Santiago 1:22).

Esto requiere de nuestra participación plena, conciente y activa si la palabra de Dios ha de ser acogida en nuestro corazón. Por eso respondemos “Te alabamos, Señor” a las primeras lecturas y “Gloria a Ti, Señor Jesús” al Evangelio. La liturgia de la palabra es un diálogo entre Dios y su Iglesia, el Señor habla en la primera lectura, la Iglesia responde con las palabras inspiradas del Salmo Responsorial. Dios nos vuelve a hablar en la segunda lectura, la asamblea responde a Dios con la aclamación al Evangelio, finalmente Dios nos habla por medio del Evangelio y respondemos: “Gloria a Ti, Señor Jesús”. Es de mucho beneficio el que nos preparemos adecuadamente para oír fructíferamente la Palabra de Dios. Por eso el Papa Juan Pablo II en su carta pastoral *Dies Domini*, nos dice “Todos los que toman parte en la Eucaristía: el sacerdote, el diácono y los demás ministros, así como todos los fieles . . . han de prepararse debidamente para la liturgia dominical reflexionando de antemano en la palabra de Dios

El papel del silencio en la celebración

La *Instrucción General* nos pide momentos de silencio meditativo en la celebración de la Misa, especialmente en la Liturgia de la Palabra:

La Liturgia de la Palabra ha de ser celebrada de tal manera que promueva el silencio meditativo. Por lo tanto, se debe evitar apresurar una lectura tras la otra . . . sin un tiempo adecuado de recolección y meditación . . . Por lo tanto, es apropiado incluir un periodo de silencio entre cada lectura [y después de la homilía] . . . permitiendo al Espíritu Santo que nos ayude a encarnar el mensaje en nuestro corazón. (ver IGMR, #56)

que va a ser proclamada” y el Santo Padre agrega que “es difícil que la palabra de Dios por sí misma logre los frutos que puede producir” (#40).

La liturgia de la palabra incluye la homilía que nos ayuda a comprender mejor el mensaje de la palabra y textos de la Misa, para poder relacionar el mensaje a nuestra vida diaria. La homilía, como parte de la acción litúrgica, hecha por el sacerdote o diácono, no debe ser omitida los domingos y días festivos. Después del Credo, la liturgia de la palabra concluye con las oraciones de los fieles en las que, inspirados en el mensaje de la palabra, pedimos por las necesidades de la Iglesia, del mundo y de la comunidad local.

Tanto la Mesa de la Palabra como la Mesa de la Eucaristía nutren espiritualmente a la Iglesia. “En la palabra de Dios se

nos anuncia la Nueva Alianza, y la Nueva Alianza es renovada en la Eucaristía,” (*Introducción al Leccionario*, #10). La Mesa de la palabra nos prepara para participar en la Mesa de la Eucaristía, recordando las maravillas que Dios ha hecho para nuestra salvación, especialmente por la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús. Uniendo nuestras vidas a Cristo en una sola ofrenda al Padre, nos unimos más íntimamente a la vida de Dios.



La Plegaria Eucarística

La Plegaria Eucarística es el corazón y la cumbre de la Misa. Los católicos hemos aprendido desde temprana edad que es durante la oración de la Plegaria Eucarística donde nuestros dones, el pan y el vino, se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. A esta parte de la Plegaria Eucarística es la que llamamos *la consagración*. En la última cena, cuando Jesús tomó el pan en sus manos y dijo las palabras “Éste es mi cuerpo”, y enseguida sobre la copa: “Ésta es mi sangre”, la Iglesia identifica este cambio en los elementos del pan y el vino como *transubstanciación*. Esto es lo que los católicos creemos que sucede en la Misa.

Lo que no siempre hemos podido apreciar es el contexto íntegro de la Plegaria Eucarística y su más completo significado. En la Plegaria Eucarística damos gracias y alabanza a Dios. Hacemos memoria de la vida salvadora de Cristo, su pasión, muerte y resurrección, que por el poder del Espíritu Santo, se realiza nuevamente entre nosotros. Nos ofrecemos en sacrificio con Jesús al Padre y nos unimos a Cristo en la ofrenda solemne de este sacrificio y pedimos al Espíritu Santo que nos transforme y nos haga, junto con todos los que nombramos en la Plegaria, un solo cuerpo en Cristo.

Recordamos en acción de gracias

Venimos al altar a dar gracias y alabanza por la obra de la creación y por todo lo que Dios ha hecho por nosotros y por la redención ganada para nosotros por Cristo Jesús. Damos gracias en

gratitud por el gran Don de Jesús hecho hombre, por su predicación y enseñanzas sobre el Reino de Dios, que se hace realidad entre nosotros en él mismo. En este acto memorial, esos eventos se hacen presentes y reales entre

nosotros de una manera muy especial. En la Eucaristía se realiza un encuentro entre Cristo y nosotros. Al mismo tiempo, nos unimos al sacrificio de su pasión, muerte y resurrección, sin embargo, Cristo murió y resucitó una sola vez y para siempre. Este memorial no agrega nada al sacrificio que ya ha sido realizado, ni lo multiplica. Más bien, en la celebración de la Eucaristía, Cristo se hace misteriosa y sacramentalmente pre-

sente entre nosotros en el único sacrificio de su muerte y resurrección, pero sin derramar nuevamente su sangre. Por tanto, esta es *una celebración memorial* a la que San Pablo se refiere con las palabras: “Cada vez que comen de éste pan y beben de ésta copa, proclaman la muerte del Señor hasta que vuelva” (1 Corintios 11:26).

El sacrificio que ofrecemos

“Al tomar parte en el Sacrificio Eucarístico, que es el manantial y cumbre de toda la vida cristiana, ofrecemos

la víctima divina a Dios, ofreciéndonos nosotros mismos, junto con ella” (*Constitución Dogmática Sobre la Iglesia*, #11)

Cristo se despojó de todo por nuestra salvación. “El don de su amor y obediencia hasta el punto de entregar su vida por nosotros (Juan 10:17–18) es, en primer lugar, primicia para el Padre (Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucaristía*, #13).

Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, evento central de nuestra salvación, y memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se realiza verdaderamente, realizando así la obra de nuestra redención. (*Ecclesia de Eucaristía*, #11)

Es Cristo mismo, el Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza, quien por el ministerio del sacerdote, ofrece el sacrificio Eucarístico. Y es también el mismo Cristo, realmente presente bajo las especies del pan y del vino en la ofrenda del sacrificio Eucarístico. (ver *Catecismo de la Iglesia Católica*, #1410)

Cristo nos invita a unirnos a él en su sacrificio al Padre, de ésta manera su sacrificio incluye nuestro propio sacrificio. A través de la acción del sacerdote, Cristo es al mismo tiempo el que ofrece y se ofrece a sí mismo. Los dones de pan y vino que traemos al altar son símbolos de todo lo que somos y tenemos: nuestras labores, penas, sufrimientos, luchas y alegrías que unimos al sacrificio de Cristo como ofrendas agradables a Dios Padre, para que nuestras vidas, así como los dones que presentamos, sean transformados. Cuando el sacerdote pronuncia las palabras “Por eso, Padre, te suplicamos que santifiques estos dones . . .” No estamos pidiendo solamente que el pan y el vino se conviertan en el cuerpo y sangre del Señor, pero también que nuestras vidas sean transformadas y revestidas de un nuevo valor, sentido y significado.

Presencia real de vida eterna

Al recibir la Comunión, la Iglesia comparte más íntimamente en el sacrificio de Cristo. “Recibimos Al que se ofreció a sí mismo por nosotros. Recibimos el cuerpo del mismo que se entregó por nosotros en la cruz y bebemos la misma sangre que fue derramada por nuestra salvación y por el perdón de nuestros pecados (Mateo 26:28)” (ver *Ecclesia de Eucaristía* #16). Esta comida y bebida que tomamos en la Mesa del Señor, nos asegura la vida eterna porque en esta comida y bebida se encuentra realmente la presencia de Cristo. Cuando algunos alegaron que como podía Jesús darles de comer su propio cuerpo, Jesús respondió firmemente: “El que come de mi carne y bebe de mi sangre vive de vida eterna, y yo lo resucitaré el último día” (Juan 6:53–54). La celebración Eucarística

No solamente decimos que la Iglesia hace la Eucaristía, sino, que la Eucaristía también hace la Iglesia. Aunque todos somos ya uno solo en Cristo por el bautismo, nuestra participación en la Eucaristía renueva, fortalece y profundiza nuestra incorporación en la Iglesia, ya realizada en el bautismo. El bautismo nos llama a formar un solo cuerpo; la Eucaristía confirma y realiza esta llamada. (ver *Catecismo de la Iglesia Católica*, #1396)

Nuestra participación en la Plegaria Eucarística consiste en:

- Unir nuestras vidas al sacrificio de Cristo.
 - Responder con firmeza al Santo, la Aclamación Memorial y el Gran Amén.
 - Dar en unidad una completa atención a nuestra postura corporal.
-

ora al Padre “Que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en mí y yo en Ti. Que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Juan 17:21). Las palabras de la Plegaria Eucarística III hacen eco a la oración de Jesús al Padre “Concédenos que al ser nutridos con su cuerpo y su sangre, seamos llenos también del Espíritu Santo, y nos transformemos en un solo cuerpo y en solo espíritu en Cristo”. Los lazos de unidad que se crean en la Eucaristía son tan particulares y esenciales para la vida cristiana, que sin duda, la Eucaristía hace verdaderamente la Iglesia (ver *Catecismo de la Iglesia Católica*, #1396)

nos guía a una vida futura de plenitud y nos regala desde ahora un anticipo del cielo prometido. Al nombrar algunos de los santos en la Plegaria Eucarística, recordamos que la Iglesia celestial y la Iglesia terrenal se unen en una sola Iglesia alrededor del altar, dónde se nos da la esperanza de un mundo futuro de plenitud cuando Cristo venga nuevamente en su gloria.

Un cuerpo y un espíritu en Cristo

En la Plegaria Eucarística oramos para que en nuestra comunión se cumpla el deseo de Jesús cuando

El Gran Amén

La Plegaria Eucarística culmina con el Gran Amén de la congregación. Este Amén debe ser una de las aclamaciones más robustas que hacemos en la Misa, porque es nuestro “Sí” o “Así sea” a la Gran Oración Eucarística que ha sido proclamada por el sacerdote. En nuestro “Amén” el sacrificio que se ha realizado en el altar se transforma en nuestro propio sacrificio.



Recepción de la Sagrada Comunión en la Misa

Cuando en la Misa oímos la invitación: “Felices los invitados a la Mesa del Señor,” sabemos que es Cristo invitándonos a su santa mesa. Al acercarnos a comulgar, nuestra identidad de pueblo peregrino hacia la Nueva Jerusalén, queda revelada. El Altar al que nos acercamos no es una mesa ordinaria, ni la cena que tomamos en esta mesa es un alimento ordinario y la congregación alrededor de este altar incluye a muchos más miembros del Cuerpo de Cristo que no podemos ver. Nuestra fe nos permite darnos cuenta de que nuestra comunión no es solamente con Cristo y la comunidad inmediata, pero también con todos los cristianos vivos y difuntos de cada pueblo y de cada nación y con todos los santos y seguidores de Jesús de cada época. Esta cena sagrada es un anticipo del banquete celestial.

Durante la procesión a recibir la comunión se nos invita a cantar un himno o antifona musical que nos ayude a prepararnos para recibir el Don que vamos a recibir. La Iglesia considera tan importante que participemos en el canto de comunión que la *Instrucción General* ordena que un himno o antifona responsorial sea cantada durante este momento tan significativo de la liturgia. La *Instrucción General* nos explica la razón por la cual debemos cantar en este momento: “El propósito del canto en este momento es expresar la unión espiritual de los comulgantes por medio de la unión de sus voces y la alegría de ir en procesión “comunitaria” a recibir la sagrada comunión” (IGMR #86).

Algunas personas tal vez han desarrollado el hábito de hacer de este momento un acto personal y

privado, por lo tanto, es posible que experimenten que el canto interfiere en su oración y devoción privada. Aunque la recepción de la sagrada comunión es esencialmente un acto personal, es al mismo tiempo un acto comunitario. Estamos uniéndonos a Cristo y a su Iglesia. Nuestra participación en el canto de comunión expresa y realza esta comunión. El silencio que hay en la Misa después de la comunión puede servir para la oración y meditación personal.

El recibir comunión en la Iglesia Católica significa que uno está en completa y visible comunión con la Iglesia. Respeto por los que no están en visible comunión con la Iglesia Católica prohíbe invitarles a realizar un gesto que viola su propia conciencia.

Algunas veces, nuestro reto consiste en creer que, aún cuando

son muchos nuestros defectos y limitaciones, Dios nos llama a ser un solo Cuerpo en el Señor. Esto es lo que proclamamos al decir en voz alta “Amén” ante el Cuerpo y la Sangre del Señor. La Iglesia pone un gran énfasis y seriedad en la unidad que se manifiesta en la recepción de la sagrada comunión, por eso la *Instrucción General* pide que la conferencia de obispos de cada región determine la postura normativa para recibir la sagrada comunión en cada diócesis. En los Estados Unidos de América, los obispos han determinado que la norma para recibir la sagrada comunión será de pie. Así

Los que se alimentan con el Cuerpo de Cristo en la Eucaristía no necesitan esperar la vida futura para recibir vida eterna, ya la han obtenido desde ahora como los primeros frutos de una vida en plenitud que abrazará a la humanidad en su totalidad. En la Eucaristía recibimos también la promesa de la resurrección corporal al final de los tiempos. (*Ecclesia de Eucaristía*, #18)

mismo, cada persona, al llegar con el ministro de comunión hará una reverencia haciendo una inclinación breve con la cabeza antes de recibir la comunión y antes de recibir la copa. Esto es tan importante para la Iglesia, que se antepone a cualquier expresión de piedad personal.

Cuando cada comulgante se acerca al ministro, el ministro eleva un poco la hostia diciendo “el cuerpo de Cristo”, la persona inclina la cabeza y responde

“Amén”. Así mismo, al llegar con el ministro de la copa, el ministro eleva un poco la copa y dice “la Sangre de Cristo”, la persona inclina brevemente la cabeza y contesta “Amén” como una expresión de fe en la presencia real de Cristo, cuerpo y sangre, alma y divinidad, quien da vida al creyente. Estas palabras no deben ser alteradas ya que corresponden al rito universal de la Iglesia Católica. Cristo no solo nos invita a compartir su Cuerpo y su Sangre en íntima amistad, pero a compartir su vida, pasión, muerte y resurrección. Al proclamar la palabra “Amén” declaramos nuestro compromiso a ser Cuerpo de Cristo en el mundo, a ser pan que se parte y comparte con los hermanos y las hermanas y vino que nos compromete a una vida de entrega y compromiso con los demás.

Por otra parte, la comunión se puede recibir en la mano o en la lengua. Esta si es la preferencia de parte de cada persona que se acerca a comulgar, pero no es una decisión que hace el ministro de la comunión. Si la comunión se da en la mano, la persona de mano derecha pondrá la mano izquierda sobre la mano derecha. (Si alguna persona trae guantes se los debe quitar antes de recibir la hostia). La hostia será puesta en la palma de la mano izquierda para tomarla y llevarla a la boca con la mano derecha. Si la persona es de mano izquierda, entonces se procede a la inversa. En el Siglo IV, san Cirilo de Jerusalén enseñó que, de esta manera, nuestras manos forman

Mientras que la parte central de la celebración Eucarística es precisamente La Plegaria Eucarística, la consumación de la Misa se realiza en la Sagrada Comunión, donde los hijos e hijas adquiridos por el Padre a través de Jesucristo, su único Hijo, comen de su Cuerpo y beben de su Sangre. Todos son de esta manera unidos al cuerpo místico de Cristo, compartiendo la misma vida en el Espíritu. En el gran sacramento del altar, todos somos unidos a Cristo Jesús, lo mismo que entre unos y otros. (*Normas para la distribución y recepción de la Sagrada Comunión bajo las dos especies, #5*)

La Sagrada Comunión adquiere una forma más completa como signo cuando se recibe bajo las dos especies. De esta manera un signo más completo del banquete brilla en la Eucaristía. Más aún, se realiza una expresión más clara de la voluntad por la cual la nueva y eterna alianza es ratificada en la Sangre del Señor en relación al banquete Eucarístico y al banquete escatológico del Reino del Padre. (*Instrucción General, #28*)

un trono para recibir a nuestro Rey (ver *Normas para la distribución de la Sagrada Comunión bajo las dos especies, #41*). La hostia se consume inmediatamente al recibirla y antes de regresar a nuestro lugar. No es apropiado tomar la hostia con los dedos directamente del ministro de comunión, porque nunca *tomamos*, sino, que siempre *recibimos* la sagrada comunión.

La recepción de la Sagrada Comunión bajo las dos especies expresa más profundamente el sentido y significado de nuestra comunión con Cristo, obedeciendo su mandato “*Tomen y coman, tomen y beban*”. Asimismo recordamos la pregunta que Jesús hace a sus discípulos “*¿Están dispuestos a tomar de la copa que yo voy a tomar?*” El recibir la copa en nuestras manos es un gesto que

expresa tanto nuestra fe como nuestro compromiso y disposición en compartir la Cruz de Jesús para ser “Un sacrificio vivo de alabanza”.

Cuando por cualquier razón comulgamos solamente con el pan o solamente con el vino, recibimos plena y completamente el Cuerpo de Cristo comulgando con cualquiera de las dos especies. No es permitido a los fieles sumergir la hostia en la copa para mojarla en el vino. Si por alguna razón la persona prefiere no beber de la copa, simplemente comulgue con el pan solamente, el cual contiene la presencia completa y real de Cristo.



La música en la liturgia: ¡Que el pueblo de Dios cante!

Los cantos de la Misa tienen el poder de unir en una sola voz a todas las personas que forman parte de la asamblea en una expresión visible de lo que profesamos en nuestra fe: Somos un solo cuerpo unido en Cristo, ofreciendo una misma oración de alabanza y acción de gracias.

La importancia de participar en los cantos, himnos y aclamaciones

La *Instrucción General del Misal Romano* nos recuerda el antiguo adagio: “El que canta ora dos veces”. Esto nos recuerda que la música y nuestro canto no son con el propósito de brindar entretenimiento o de tener un fondo musical en la liturgia. Nuestro canto es nuestra oración. El canto no solamente nos ayuda a unirnos en la oración, pero le da un sentido especial a lo que expresamos por medio del canto. Por ejemplo, el Aleluya antes de la proclamación del Evangelio, esta es una expresión de alabanza a nuestro Dios que está presente en la proclamación del Evangelio. Si meramente se recita esta aclamación, no fácilmente comunica la alegría y fuerza que contiene; lo mismo el Gloria, himno que se canta en los ritos introductorios de la Misa, es otro ejemplo de un himno que es más apropiado para cantarse que para recitarse.

Es tan importante la música en la celebración litúrgica que la *Instrucción General para el Uso del Misal Romano* nos dice que “Se debe tener sumo cuidado de que no haya falta de participación en el canto, tanto de parte de los ministros como de la asamblea en las celebraciones dominicales y días de obligación” (#40).

Somos herederos de un variado repertorio de música, el canto Gregoriano, polifonía, himnos y cantos sagrados. Desde el Concilio Vaticano II, cuándo el uso de la lengua vernácula fue introducido en la liturgia, ha habido un gran número de composiciones que han sido creadas para usarse en el Culto Católico. Nuestra liturgia ha sido enriquecida por una variedad de estilos musicales. Las contribuciones musicales de otras culturas han significado una gran bendición para la Iglesia.

¿Quién debería cantar?

Todos lo que participan en la liturgia deben cantar sin importar que su voz sea buena, mala o regular. Cuando toda la asamblea canta se puede sentir el poder abrasador que tiene la liturgia. Es muy recomendable participar activamente en los cantos, himnos y aclamaciones para lograr que la celebración litúrgica sea una verdadera experiencia de júbilo, oración y gozo en el Señor.

Los ministros de la música litúrgica: el cantor/a, coro o director/a de la música, son quienes nos dirigen y ayudan a participar en los cantos de la celebración. Ellos están precisamente para facilitar y ayudarnos a participar en los cantos, himnos y aclamaciones de la liturgia. El coro y los músicos pueden complementar y realzar la participación de la congregación. En ocasiones, el coro puede ofrecer selecciones musicales meditativas que enriquecen nuestra oración. El coro o cantor ideal nunca domina la celebración ni se convierte en el enfoque de sí mismo, si no, que su servicio consiste en facilitar la participación de la asamblea.

¿Qué debemos cantar?

La Iglesia pone un énfasis particular en cantar las partes de la Misa que son más importantes. Además de las oraciones que son propias del sacerdote, las partes más comúnmente cantadas en la Misa, son: el Gloria, el Salmo Responsorial, el Santo, la Aclamación Memorial, el Gran Amén, el Padrenuestro y el Cordero de Dios. El canto de entrada, preparación de los dones, el canto de comunión y de salida son cantos que generalmente son cantados en la mayoría de las parroquias.

Es muy importante hacer una buena selección de la música de acuerdo a la liturgia del día, del tiempo litúrgico y de acuerdo a las diferentes partes de la Misa. Es también muy importante que la asamblea tenga un buen entendimiento de porque la liturgia exige su participación consciente y activa. Algunas veces hay personas que no entienden porque hay tantos cantos y porque debemos cantar todos los versos. Pero al considerar el propósito e importancia de esto, uno llega a comprender la razón de esto.

Por ejemplo, el himno de entrada no se hace simplemente con el objeto de tener algo mientras el sacerdote y los ministros llevan a cabo la procesión de entrada. Este canto tiene el propósito de ayudar a centrarnos en lo que estamos iniciando como asamblea: nos reunimos para dar gracias y alabanza, así como para celebrar los misterios de nuestra fe. Este canto ayuda a predisponer nuestro espíritu para entrar en oración y para escuchar la Palabra de Dios. Así mismo, todos los

demás cantos de la Misa con sus estrofas tienen su propósito dentro de la celebración: realzar y hacer más completa nuestra oración.

Consideraciones pastorales

Cada parroquia debe dar una atención y consideración adecuada a la música de la Eucaristía Dominical. Es muy importante contar con músicos debidamente

preparados para hacer una selección apropiada de la música de acuerdo a la cultura y necesidades de la congregación. Así mismo, la Iglesia no quiere perder su herencia de la música gregoriana y polifónica. La *Instrucción General*, así como los documentos del Concilio Vaticano II, llaman a todos los católicos a cantar más partes de la Misa en latín.

En una forma poética, la *Instrucción General* hace notar que la intensa unión que se debe lograr entre Dios y la Iglesia por medio de la celebración, es una unión muy similar a la de los enamorados, cuya relación es expresada más adecuadamente por medio del canto y la música (#39). Al reunirnos para escuchar la Palabra de Dios, alimentarnos con el Pan de Vida, tomando la Copa de la Salvación,

nuestra oración debe reflejar la alegría, sentido y profundidad de este gran misterio de nuestra fe. De esta manera llevamos a cabo las orientaciones de san Pablo, que recomendaba a las primeras comunidades lo siguiente: "Afirmense mutuamente con salmos, himnos y alabanzas espirituales" (Colosenses 3:16), mientras esperamos al que ha de venir en su gloria y cuya muerte proclamamos hasta que venga.

La *Instrucción General para el Uso del Misal Romano* hace notar que los siguientes cantos y aclamaciones deben ser normalmente cantados:

- Canto de Entrada (#48)
 - Señor, Ten Piedad (#52)
 - Gloria (#53)
 - Salmo Responsorial (#61)
 - Aclamación al Evangelio (#62)
 - Preparación de los Dones (#74)
 - El Santo, la Aclamación Memorial y el Gran Amén (#79, 151)
 - El Padrenuestro (#81)
 - El Cordero de Dios (#83)
 - Canto/s de Comunión (#86)
 - Canto opcional o himno de alabanza o meditación después de la comunión (#88)
-

Bautismo, Penitencia y Eucaristía: Sacramentos de nueva vida, arrepentimiento y comunión

El sacramento y las relaciones personales

Sería un error considerar la Eucaristía sólo como uno de los siete sacramentos. Más bien, la Eucaristía, como el Manantial y Cumbre de la vida cristiana y de cada uno de los miembros de la Iglesia, es única entre los sacramentos.

La Eucaristía es la celebración de la Iglesia entera del misterio pascual de Jesucristo, su muerte, resurrección y envío del Espíritu Santo. Los otros sacramentos son formas particulares de celebrar el misterio pascual y representan maneras particulares de aplicarlo a nuestras vidas, por ejemplo, en nuestra confirmación a la misión, la recepción de la misericordia y perdón de Dios, en nuestro compromiso de amor-dador de vida en la alianza del matrimonio. Cuando consideramos la enorme gracia del arrepentimiento y reconciliación, podemos ver claramente una relación particular entre cada uno de los sacramentos del Bautismo, Penitencia y Eucaristía.

El Bautismo nos une a la muerte y resurrección de Jesús, y por tanto, al Padre y de unos a otros (ver Romanos 6:3–4) como miembros de su Cuerpo, la Iglesia (ver Efesios 4:4–6). Es importante recordar que el bautismo es también un sacramento de arrepentimiento y reconciliación porque santifica los pecadores. Después del gran sermón de Pedro en el primer Pentecostés, la gente le preguntaba que debían de hacer para ser salvados. Pedro respondió: *“Arrepiéntanse y sean bautizados para el perdón de sus pecados”* (ver Hechos 2:14–39). Este bautismo de arrepentimiento significa que los pecados, tanto el original como los personales, son perdonados, y entramos a una relación reconciliada con Dios. Nos encontramos en comunión con El que quiere compartir su vida con nosotros.

La Penitencia ha sido llamada nuestro segundo bautizo. Este es el sacramento para aquellos que, después del bautismo, después de ser irrevocablemente llamados hijos e hijas de Dios, han pecado y se encuentran

aislados de la gracia de Dios y del Cuerpo de Cristo, su Iglesia. El sacramento de la penitencia renueva la gracia del arrepentimiento y nos restablece a una relación reconciliada con Dios y su Iglesia previamente establecida en el bautismo. Así mismo, nos reorienta a la Eucaristía, que nos restaura plenamente en la comunión y reconciliación que nos han sido dadas por medio del sacrificio, muerte y resurrección de Cristo Jesús. Claramente, estos tres sacramentos, bautismo, penitencia y Eucaristía, están íntegramente vinculados como sacramentos de nueva vida, arrepentimiento y comunión en esa misma vida.

Brevemente, el bautismo nos brinda el perdón básico, una conversión hacia Cristo Jesús y su Iglesia. La penitencia depende del bautismo y despierta nuevamente una vida de perdón y pertenencia que tuvieron su principio en el bautismo. Al mismo tiempo, la penitencia nos ayuda a entrar al momento culminante de la comunión que es la realidad de la Eucaristía, comunión con el sacrificio de Cristo y su Cuerpo que es la Iglesia. En sentido a la relación íntima en el bautismo, la penitencia y la Eucaristía como sacramentos de nueva vida, arrepentimiento y comunión, pueden ser mejor aún, al enfocar más concretamente en el sacramento de la Eucaristía y arrepentimiento. ¿Como es exactamente que, el arrepentimiento, la conversión de corazón, nuestra búsqueda y aceptación del perdón de Dios, se relacionan a nuestra participación en la Eucaristía como comunión en el sacrificio de Jesús, y la vida de su Cuerpo, la Iglesia?

La Eucaristía presupone el arrepentimiento

Compartir en el Cuerpo y Sangre del Señor, participar en su sacrificio, estar unidos al nivel más profundo de nuestras vidas con otros creyentes en el misterio redentor del amor de Dios, se asume que todo esto implica un corazón arrepentido y convertido que es capaz de vivir esta sagrada comunión. Pero si nos encontramos aislados de Dios y de nuestro prójimo, somos incapaces de vivir esta comunión, hasta que lleguemos al arpen-

timiento y la aceptación del perdón de Dios. En el Evangelio de Mateo, Jesús dice: “Si cuando traes tu ofrenda al altar, recuerdas que tu hermano tiene algo en contra tuya, deja tu ofrenda y regresa a reconciliarte con tu hermano y entonces regresa y presenta tu ofrenda ante el altar” (5:23–24). Así mismo, san Pablo escribe: “. . . quienquiera que coma el Cuerpo y beba la Sangre del Señor indignamente, peca contra el Cuerpo y la Sangre del Señor (1 Corintios 11:23–24). A la luz de estos juicios bíblicos, la Iglesia enseña que aquellos que están concientes de pecado serio en sus vidas, deben primeramente confesar sus pecados en el sacramento de la penitencia para ser perdonados antes de recibir el Cuerpo y Sangre del Señor en la Eucaristía.

La Eucaristía incluye arrepentimiento y perdón

Hay muchas oraciones en la liturgia Eucarística que claman a la misericordia y perdón de Dios por los pecados. Por ejemplo, el Rito Penitencial inicial incluye un llamado a revisar las faltas y a estar concientes de la misericordia de Dios “Señor, ten piedad” o *Kirie Eleyson*. El Gloria incluye las palabras “Señor Dios, Cordero de Dios, tu que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros”. La proclamación del Evangelio no es solamente un llamado al arrepentimiento, pero también un momento de perdón, como la oración personal del sacerdote al final del Evangelio indica: “Que las palabras del Evangelio borren nuestros pecados”. Las Plegarias Eucarísticas se vuelven hacia el Señor buscando el perdón: “Aunque somos pecadores, confiamos en tu misericordia y en tu amor. No consideres lo que verdaderamente merecemos, más bien concédenos tu perdón”. Las palabras de la Institución presentan

concretamente palabras de perdón: “. . . que la Sangre de la alianza nueva y eterna que es derramada por todos para el perdón de los pecados . . .” El Padre nuestro, el Cordero de Dios, “Señor, yo no soy digno” en el rito de comunión, todas las oraciones contienen palabras de perdón y arrepentimiento. Aunque no disminuye la necesidad del sacramento de la penitencia, la Eucaristía es un evento de nueva vida, arrepentimiento, perdón y reconciliación. La Iglesia nos enseña

que a través de nuestra participación en la Eucaristía, los pecados veniales son perdonados.

Arrepentimiento, perdón y comunión: Frutos de la Eucaristía

Nuestra participación en la Eucaristía, de acuerdo a las enseñanzas de la Iglesia, nos capacita para evitar el pecado. En otras palabras, la Eucaristía nos da la fuerza para vivir una vida transformada y de continua conversión. Nuestra celebración de la Eucaristía en el transcurso diario de nuestras vidas nos reúne en más completa comunión con Dios y entre unos y otros en el Cuerpo de Cristo. La enseñanza de San Pablo contiene la base de estas convicciones. En la 1 Carta a los Corintios escribe: “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la Sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿No es comunión con el Cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno y todos compartimos del mismo pan” (1 Corintios 10:16–17) En la Eucaristía, fuente y cumbre de la vida de la Iglesia y de cada uno de

sus miembros, encontramos la culminación de nuestro peregrinar en arrepentimiento y comunión. Aquí encontramos a Cristo, que es nuestra vida y nuestra paz.



Puntos clave de la edición revisada de la *Instrucción General*

Los puntos siguientes han sido compilados para dar un énfasis concreto a ciertas revisiones significativas de la *Instrucción General del Misal Romano* y las *Normas para la celebración y distribución de la Sagrada Comunión bajo las dos especies en la diócesis de los Estados Unidos de América*. Esta compilación ofrece también algunas clarificaciones de ciertas normas y determinaciones particulares para la celebración de la Eucaristía en la Arquidiócesis de Chicago. Esta compilación de ninguna manera debe sustituir una cuidadosa lectura y estudio de la *Instrucción General* y de las *Normas para la celebración y distribución de la Sagrada Comunión*.

En relación a la asamblea litúrgica

La celebración de la Eucaristía es una acción de toda la Iglesia, y de cada persona presente: el sacerdote, el diácono, los ministros y los fieles. Todos deben estar conscientes de que esta Celebración Dominical es de primordial importancia para la vida de la comunidad parroquial, y es, de hecho, el centro de de la vida cristiana de la Iglesia (ver IGMR, #1–26).

Todos los fieles que toman parte en la celebración de la Eucaristía deben prepararse debidamente antes de la celebración. El ponerse todos en silencio es esencial para esta preparación (ver #45).

NOTA: Si el templo cuenta con un atrio o lugar de encuentro para conversar y saludarse unos a otros, entonces al entrar al espacio principal del templo se hace en silencio. Pero si el saludo entre unos y otros se hace dentro del templo, se pide a la

asamblea ponerse en silencio antes de comenzar la celebración.

El silencio debe ser observado también durante el transcurso de la celebración de la Misa, particularmente después de las siguientes partes, apropiadamente: cuando el sacerdote nos hace la invitación: *oremos*; después de la proclamación de la primera y de la segunda lectura, después de la homilía y después de la comunión (ver IGMR # 45). Se debe animar y promover la participación activa de los fieles durante la celebración de la Misa, particularmente en las respuestas, cantos y aclamaciones (ver IGMR, #39–41).

Esta participación es llevada a cabo y realizada a través de los gestos y posturas corporales que los fieles son llamados a observar:

- Inclinando la cabeza en la parte del Credo que dice: *y por obra del Espíritu Santo, se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre* (ver IGMR, #137).
- Poniéndose de pie *antes de contestar* a la invitación del sacerdote “Oren hermanos y hermanas para que este sacrificio sea aceptable . . .” con la respuesta “Que el Señor reciba de tus manos este sacrificio . . .” en el tiempo del ofertorio (ver IGMR, #43, 146).
- Poniéndose de rodillas durante la Plegaria Eucarística, después del Santo hasta el Gran Amén (ver IGMR, #43).

NOTA: Cuando la Misa es celebrada en un lugar no acondicionado para arrodillarse, como en un gimnasio, entonces los fieles hacen una reverencia inclinando el cuerpo al tiempo en que el sacerdote hace la genuflexión (dobla la rodilla) después de la consagración del pan y del vino (ver #43).

- Después del Cordero de Dios, los fieles tomarán la postura acostumbrada en la parroquia (de pie o de rodillas)

NOTA: En la Arquidiócesis de Chicago, el Arzobispo ha permitido que se haga lo que la parroquia acostumbra hacer en este momento (ver IGMR, #43).

- Haciendo una breve inclinación de reverencia con la cabeza antes de recibir el Cuerpo y la Sangre del Señor del ministro de comunión (ver IGMR, # 160).

- Poniéndose normalmente de pie para la recepción de la Sagrada Comunión.

Todos los fieles normalmente han de comulgar con hostias / pan consagrado en la misma Misa (ver IGMR, #85). Los fieles, según su preferencia, pueden recibir la hostia consagrada en la mano o en la lengua (ver IGMR, #160). No es permitido a los fieles remojar la hostia en el vino (ver *Normas*, #50; IGMR, #287).

En relación al sacerdote

La liturgia de la Eucaristía es un regalo de Dios a su Iglesia, y como tal, a nadie se le permite—incluyendo al celebrante—agregar, quitar o cambiar cualquier cosa en la celebración de la Misa, excepto cuando las normas permiten otras opciones (ver IGMR, #24).

Si el tabernáculo está localizado en el santuario, entonces el sacerdote y los ministros hacen una genuflexión al pasar frente a él, al llegar al altar, lo mismo al hacer la procesión al final de la Misa,

pero nunca durante el desarrollo de la liturgia (ver IGMR, #274).

Las oraciones propiamente privadas del sacerdote (por ejemplo, antes de la proclamación del Evangelio, antes de la preparación de los dones y antes y después de la comunión del sacerdote) son hechas en silencio (ver IGMR, #33). No es permitido agregar o sustituir lecturas no bíblicas a la Liturgia de la Palabra (ver IGMR, #57).

Después del Evangelio, la homilía es el elemento más importante de la liturgia de la Palabra y debe

dársele una atención adecuada a su preparación. La homilía debe hacerla el celebrante, un sacerdote concelebrante o un diácono, pero no puede ser hecha por un laico / seglar (ver IGMR, #66).

En la Misa solo se puede usar la fórmula litúrgica aprobada para el Credo (ver IGMR, #67).

Para las Misas de los días de la semana en el Tiempo

Ordinario, además de las oraciones del domingo previo, se pueden usar también las oraciones de otros domingos del Tiempo Ordinario, o alguna de las oraciones del Misal por varias necesidades (ver IGMR, #363).

Durante la preparación de las ofrendas, las bendiciones del pan y del vino deben hacerse separadamente, no al mismo tiempo. Estas oraciones se hacen antes de que la copa o la patena sean puestas nuevamente en el altar (ver IGMR, # 141–142).

Es muy apropiado que el celebrante, si tiene la habilidad, cante las partes de la Plegaria Eucarística que vienen acompañadas de notas musicales (ver IGMR, #147).



En el Rito de la Paz, el sacerdote ordinariamente permanece en el santuario, pero por razones pastorales puede dar el saludo de paz a las personas cerca del santuario (ver IGMR, #154).

NOTA: Algunas parroquias deben dar una atención cuidadosa a la preparación y planificación en proporción e integración de este rito dentro de la estructura general de la liturgia, respetando la importancia que el rito ha tomado en la celebración Eucarística. Los párrocos que deseen clarificar esto pueden llamar a la Oficina para el Culto Divino.

La fracción del pan debe hacerla solamente el sacerdote y sacerdote concelebrante. El diácono puede ayudar también. Esto aplica también a la distribución del pan en canastos o patenas y verter el vino en las copas que van a ser usadas para la comunión (ver IGMR, #83).

NOTA: Debido al número de copas requeridas para la comunión en algunas celebraciones, puede ser necesario en algunos casos, poner el vino sin consagrar en las copas para la comunión durante la preparación de los dones. Estas copas permanecen en el altar durante la consagración y la Plegaria Eucarística.

El sacerdote celebrante debe comulgar (junto con sacerdotes concelebrantes, si los hay) antes de dar la comunión a nadie más (ver IGMR, #181).

El sacerdote (y el diácono, si está presente) hace/n entrega de los utensilios (platos / copas) con el pan y el vino consagrados a los ministros extraordinarios de la comunión (ver IGMR, # 83, 160; *Normas*, #40).

Los sacerdotes concelebrantes usarán los ornamentos que normalmente usan en sus propias celebraciones particulares (ver IGMR, #209).

En relación al diácono

Durante la procesión de entrada, al principio de la Misa, el diácono lleva el Evangelionario, si va a ser usado, y precede a los concelebrantes o celebrante principal, lo acuesta en el altar hasta la hora de la proclamación del Evangelio. Si no lleva el Evangelionario, entonces camina al lado derecho del celebrante principal (ver IGMR, #194).

NOTA: El Leccionario no se trae en la procesión, más bien se coloca en el Ambo desde antes de la Misa (ver IGMR, # 118, 120). En ausencia del diácono, un

lector lleva el Evangelionario—si va a ser llevado en la procesión de entrada—pero no se lleva nuevamente en la procesión final (ver IGMR, # 120, 194).

El diácono recibe del sacerdote la comunión bajo las dos especies inmediatamente después que el sacerdote ha comulgado (ver IGMR, #182).

Si no hay un impedimento físico, el diácono debería arrodillarse durante la Plegaria Eucarística, desde la epiclesis hasta la elevación del cáliz, justo antes de la Aclamación Memorial (ver #179).

El diácono ayuda con la distribución de la comunión a los ministros extraordinarios de la comunión y a la gente. También puede ayudar con la distribución de los recipientes a los ministros extraordinarios (ver IGMR, #182; *Normas*, # 38, 40).

Si la comunión se distribuye bajo las dos especies, el diácono distribuye la Sangre de Cristo (ver IGMR, #182). Si hay un diácono en la celebración, él es el que usualmente hace la oración de los fieles y los anuncios después de la oración de poscomunión (ver IGMR, #177, 184).



En relación a los ministros extraordinarios de la Comunión

NOTA: En la Arquidiócesis de Chicago, el Arzobispo ha permitido llevar a cabo la distribución de la Sagrada Comunión de acuerdo a lo siguiente:

Los ministros extraordinarios de la comunión pasan al altar en el momento en que el sacerdote comulga (ver IGMR, #162).

Después de que el sacerdote (y el diácono, si está presente) reciben la comunión, dos de los ministros extraordinarios se acercan a recibir la comunión ya sea del sacerdote o del diácono.

El sacerdote entonces entrega a uno de los ministros extraordinarios la copa y a otro de los ministros, el platillo o canasto con las hostias consagradas. Ellos a su vez dan la comunión al resto de los ministros extraordinarios. Si hay un diácono, él ayuda con la distribución de la comunión a los otros ministros.

Después de que todos los ministros extraordinarios han recibido la comunión, se acercan al altar y el sacerdote o el diácono les entrega el plato o la copa y enseguida van a tomar sus posiciones asignadas para la distribución de la comunión (ver IGMR, #162).

Los ministros no deben agregar palabras adicionales a “El Cuerpo de Cristo”, “La Sangre de Cristo” (ver *Normas*, # 41, 43).

Los ministros extraordinarios de la comunión han de comulgar antes de pasar a distribuir la comunión a los fieles, no hasta después (ver IGMR, #39)

El Arzobispo de Chicago ha dado permiso para que los ministros extraordinarios de la comunión ayuden a consumir la Preciosa Sangre después de que

todos hayan comulgado. Enseguida, los ministros extraordinarios pueden también purificar las copas en la credencia (mesita de al lado). Es permitido cubrir las copas con una tela adecuada y purificarlas después de la Misa (ver *Normas*, #52).

Está prohibido vaciar lo que sobre del vino consagrado en el suelo o en el sacrario (ver *Normas*, # 51–55).

NOTA: Las normas no mencionan nada acerca de ir al tabernáculo antes de la comunión para traer

hostias consagradas. Estas normas presumen que se ha consagrado suficiente pan para que todos reciban pan consagrado en esta Misa. (ver IGMR, # 85–118c). Aún más, no hay nada en las normas que prohíban a alguien más que el sacerdote (por ejemplo, el diácono o el ministro extraordinario de la comunión) llevar al tabernáculo las hostias que han sobrado después de la comunión.



En relación a los lectores

Si se usa el Evangelionario, uno de los lectores puede llevarlo en la procesión de entrada en ausencia de un diácono y ponerlo acostado en el altar hasta que llegue la hora de la proclamación del Evangelio (ver IGMR, # 194–195). (NOTA: Si se usa el Evangelionario, el Leccionario no se trae en procesión, si no que se pone en el Ambón antes de comenzar la Misa (ver IGMR, # 118, 120). El Evangelionario no se lleva en la procesión final (o salida). (Ver IGMR, # 120, 194).

La primera y segunda lecturas son proclamadas por lectores diferentes (ver IGMR, #109).

Si no hay un diácono presente, un lector u otro ministro hace la oración de los fieles desde el ambón (ver IGMR, # 99, 197).

A excepción de la Pasión, es prohibido dividir las lecturas en partes diferentes (ver IGMR, #109).
